

Lirios en sangre

La incomprensión me ha perseguido toda mi vida, desde que tengo memoria he tenido que buscar socorro en el frío silencio e incluso en lienzos rasgados y manchados de humedad. Me he ido perdiendo en mi mente y en mis ideas más inusuales. Esa ha sido la única forma de calmar mi instinto animal o tal vez la única forma que me ha enseñado mamá.

Ella solía enviarme a pasar tardes enteras y solitarias al campo de lirios que se encontraban frente a casa. Aquellos anaranjados me acompañaban sin queja, sin juzgarme y sin poder verme por quién era. Pero una tarde todo cambió, mamá me lavó violentamente mis manos, me cambió todas mis prendas y me sacó de casa, cerrando estruendosamente la puerta. Yo solo volteé y corrí hacia mi paraíso anaranjado, desplegué mis manos por las flores en una caminata tranquila e indagué entre los lirios, aplastando cada insecto que veía.

De pronto, mi soledad fue abruptamente interrumpida, entre quejidos y moqueos: la mocosa me observó e indagó:

- ¿Has visto a Bigotes?
- ¿Qué es un Bigotes? - pregunté desconcertada.
- ¡Es mi conejo! - respondió limpiando sus mocos con sus manos.

Aunque el asco me superaba, fingiendo interés pregunté:

- ¿Tu conejo?
- Sí - respondió con sus ojos llenos de esperanza.
- No lo he visto, ¿Se te perdió? - pregunté.
- Sí - afirmó y asintió con la cabeza.
- ¿Cuál es tu nombre? - indagué curiosa observándola de pies a cabeza.
- Oriana - respondió con un ritmo entrecortado.
- ¡Hola Ori!, me llamó Edén - respondí maravillada.
- Hola Edén - murmuró tímidamente.

Pensé por unos segundos mirando como la brisa golpeaba las flores, cuando las palabras correctas llegaron a mis labios:

- Escuché entre las flores que Bigotes se fue.
- ¿Qué? ¿Adónde? - preguntó ansiosa.
- No llores, se fue con sus papás, lo vinieron a buscar - mentí ingeniosamente.
- Pero... ¡Es injusto!, lo quiero para mí - sollozó en medio de una crisis caprichosa.
- ¿Quieres que tu conejo se muera de tristeza? - pregunté estratégicamente.

La mirada de Oriana cambió, sus ojos cesaron sus lágrimas pero su nariz seguía haciendo ruido. Aquella frase la dejó muda y en un silencio placentero le murmuré:

- Tu conejo va a estar bien, me lo dijeron los Lirios.
- ¿En serio? - indagó acercándose a mi rostro
- Te lo prometo, yo nunca miento - respondí posando mis manos en sus hombros.

Ella limpió sus lágrimas entonces aproveché para preguntarle:

- ¿Quieres jugar conmigo?
- Bueno - respondió quitando sus manos de su rostro.

La tomé del brazo y corrió sin negarse, en ese momento sentí que era mi día de suerte. Sin planearlo cada viernes nos comenzamos a encontrar en el mismo lugar. Los días pasaron y sin darnos cuenta empezó a ser cada día de la semana. Vernos en el colegio se

volvió algo recurrente e incluso en cada cumpleaños, fiesta o salida. Y así los años pasaron ocho años que me golpearon en la cara sin sentirlos.

Tenía diecisiete, mi vida era bastante buena pero empecé a sentirme incompleta, tenía una sensación que me consumía por dentro. Intenté explicarlo en cada psicólogo al que iba, a toda persona que se ofreciera a escucharme, e incluso a mamá, pero ella no era capaz de cruzar una palabra conmigo. Recurrí a mi única luz al final del túnel, Oriana.

Todavía lo recuerdo como si fuese ayer, ella llegó a mi casa, se sentó en mi cama y me escuchó atentamente. Me desconcertó su reacción, una sonrisa leve se mezcló con una frase desconcertante:

- Eres un lirio naranja.
- ¿Qué? - pregunté desconcertada.
- Tienes escrito éxito en tu frente, te descargas con tu arte. Úsalo a tu favor - aseveró.
- ¿A qué te refieres? - indagué sin comprenderla
- Amiga, ¿No has visto tus dibujos? - me reprocho un poco molesta.

Oriana se levantó y sacó de uno de mis cajones una de mis libretas. Se puso a hojearla y vociferó:

- ¡Eres una maldita artista!, mirá esta precisión. Este es uno de tus dibujos pero tienes miles de más.

Me sentía halagada pero susurré:

- No es lo suficientemente bueno.

Oriana siguió urgeteando, hasta que la libreta cayó de sus manos y observando el fondo del cajón, su expresión cambió a un shock total. Ella indagó:

- ¿Este cuadro?

Mi corazón comenzó a latir a mil y mi voz se volvió temblorosa:

- No es lo que parece.

Su expresión shockeada se tornó a un impactó mezclado con una sonrisa. Se abalanzó sobre mí gritando:

- ¡Mirá este cuadro!, ¡es un lujo!. Amo el contraste rojo vino, con ese rojo brillante. ¿En qué te inspiraste? - cuestionó impresionada sin quitarme la mirada de encima.
- En lo que siento - declaré mientras apretaba mis puños.

Colocó el cuadro frente a mi cara y exclamó molesta, como si supiese que tenía más palabras en la boca:

- ¡Ponle más énfasis!

Solo la observé, quité la vista de sus ojos y revelé lo que escondía en lo más profundo de mi ser:

- Ese día sentía mucha rabia, muchísima contenida. Cada manchón rojo es un golpe cruel al lienzo, es el descargo que necesitaba en ese momento. Lo demás es ese juego sutil que viene después de la rabia, ese placer insostenible por hacer lo que quiero y de lo que viene del profundo de mi ser.

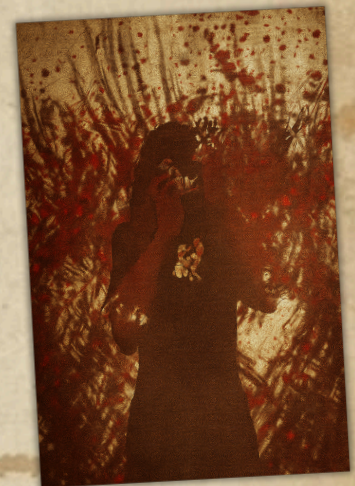
Oriana estaba en total silencio mirándome, hasta que me abrazó. Ella tomó el cuadro mediano y me prometió:

- Voy a ayudarte.
- ¿Por qué? - cuestioné sin comprenderlo.

Ella con un brillo insostenible en su mirada respondió:

- Porque eres mi mejor amiga.

Me levanté y la abracé fuertemente, ella exclamó:



- ¡Seremos mejores amigas por siempre!
Y yo solo atiné a apretarla más fuerte.

Después de siete años, puedo afirmar que ella cumplió con su promesa: Hoy todo el mundo conoce mi nombre, pero yo no, yo no pude cumplir con nuestra promesa de ser amigas por siempre. Les declaro abiertamente a ustedes que me vi obligada a asesinarla.

He estado aproximadamente seis horas dando vueltas por la comisaría, de un lado al otro, no puedo quitar la vista de la televisión, mi cuerpo se tensa al ver los títulos tan ridículos: “Famosa artista asesina serial” “Se tomó literal su última colección ‘Lirios en sangre’”, “La contemporánea fatídica”. Mi nombre retumba en el cuarto, mi vista se desvía y veo a dos oficiales acercándose. Me vienen a llevar para el interrogatorio. Allí una habitación fría como los corazones de tantos juzgados en estas cuatro paredes.

Tengo a dos hombres sentados en frente de mí, que hojean papeles y toman café. Parece que es una charla común para ellos, pero es distinto porque este caso es más amargo de lo usual. El bigotudo pregunta:

- ¿Por qué?

La pregunta de mi vida “¿Por qué?”. Oriana siempre me había salvado las papas, fue la única que había estado para mí.

Su carrera había sido un gran impulso para mí. Nada de esto es su culpa, es mía. Desde que tengo noción mi vida se ha centrado en obsesiones sin sentido, entre ellas la sangre. Es extraño cómo puedo identificarme con un fluido tan insignificante. Será porque yo soy como un fluido, para mí nunca ha sido un problema fluir, dejarme llevar por el entorno y las personas, adaptándome rápidamente a sus recipientes o como muchos lo dirían, a sus ideales.

Yo soy la reina de la sangre, aquel fluido complejo por su parte líquida y partes sólidas que hace un contraste perfecto con mi alma atada a mis placeres, deseos y secretos. Soy más densa que el agua, debido a que me hundo en las lágrimas de mis víctimas que imploraron que parara pero la adrenalina me cegó. No newtoniana sentenciada por mi viscosidad, si el camino hacia mi víctima es abierto, me muevo lento para divertirme, haciendo que en el caso de que el camino sea más angosto, me mueva rápido porque es mi reto terminar el trabajo complicado, más rápidamente. Aquel movimiento es impulsado por el peso en mi pecho que genera presión, al igual que la sangre se mueve, presionada por la gravedad y el incesante bombeo del corazón.

Estoy obsesionada con la sangre, es aquel vino con aroma metálico que alimenta el vacío de mi pecho, su variedad de tonalidades me enloquece, saca de mí el ser más frenético. Ella hace que el artista en mi interior sea bañado por este líquido vital. Me enloquece derrochar la sangre en mis lienzos a través de golpes desahuciados, trazos aliviados, formas humanoides y salpicados calculados.

Cuando la dejo estática es un lujo, como muchos líquidos no tiene la habilidad de comprimirse, su volumen se mantiene igual por más que lo aprietes y lo aprietes. Esto genera una presión indescriptible en sus vasos que genera un dolor placentero para mí, como cuando te haces un torniquete.

Nuevamente el bigotudo, comenzó a indagarme:

- ¿Por qué hiciste todo esto?

Solo contestó con absoluto silencio. Su compañero, repitió la pregunta del anterior:

- ¿Por qué lo hiciste?

Esta vez respondí:

- No pienso hablar sin un abogado.

Se sonrieron ambos pero él siguió preguntando:

- ¿Crees que uno te va a salvar? Nuestro jefe es el hermano de Oriana.

Simplemente lo observe, estaba segura de que cuando saliera de allí él sería el siguiente. Él solo esperaba mi respuesta, hasta que su expresión comenzó a cambiar lentamente y soltó una carcajada. Sin aguantarme las ganas le pregunté:

- ¿De que te ríes?

Él suspiró y prosiguió:

- Estás muy complicada.

El policía sacó su celular y lo extendió en la mesa, el sudor empezó a brotar en mi frente. Tomó el celular con lentitud, mi rostro se tornó más pálido al ver una imagen mía golpeando a un hombre con un martillo en la cabeza. Él oficial habló:

- Fractura de cráneo, muerte por contusión cerebral. Hay heridas post-mort que indican que le sacaste sangre.

La vista se me volvió borrosa, me sentía mareada y él siguió hablando:

- Todas tus pinturas indican que fueron hechas con la sangre de tus víctimas ¿Quieres que te diga algo?-

Sentí un zumbido que me atosigaba pero escuché el final de la frase:

- Hemos identificado a cada una, menos a Oriana.
- ¡Son unos hijos de...!- me alteré gritándoles a ambos.

El compañero del bigotudo me comenzó a indagar, junto con una lista de imágenes:

- Oriana era biotecnóloga, ella escribió algo sobre un fluido especial, ¿no? Algo como Pulirex.

Me desplomé sobre la mesa, el sonido de la fricción de sus sillas contra el suelo llenaron la sala acompañado de sus voces, señalando qué sería lo mejor que podrían hacer. Hasta que finalmente escuché el estruendo de la puerta. Su compañero se acercó a desposarme, apenas logré sentir como el frío se alejaba de mis muñecas. Me apresuré a tomar la taza de café caliente, bañándolo con el líquido hirviendo. Él comenzó a gritar desesperado. Aproveché y agarré fuertemente la taza, comencé a golpearlo frenéticamente, hasta que sentí como comenzaba a despedazarse en mis manos mientras que aquellos golpes se volvían puñaladas que salpicaban mi rostro extasiado de adicción. Su cuerpo cayó inerte al suelo y me agaché a revisar su uniforme del cual saqué su pistola. Salí de la sala corriendo para escapar y para mí mala suerte me encontré con Ciro, el hermano de Oriana. En ese momento mi instinto comenzó a actuar, disparé dos veces al extintor y una nube de espuma cegó el paso. Empecé a correr, sin mirar hacia atrás mientras miles de gritos se escuchaban. Escapé por una puerta pero no me percaté de que estaba subiendo y al abrir la puerta me di cuenta que me encontraba en el techo, acorralada por el vacío. Escuché una voz detrás de mí:

- ¡Edén!

Ignoré el grito cerrando la puerta, miraba hacia todos lados pero por primera vez, me sentí estancada, atrapada como si se tratase de un torniquete sin dejarme fluir. Nuevamente escuche su voz, era Ciro:

- ¡Edén, detente! -

Levantó el arma, él retrocedió dos pasos hacia atrás y comenzó a hablar:

- Tranquila, solo quiero que me digas donde está Oriana -
- No lo sé - respondí fingiendo desconcierto.
- Su campera estaba en tu casa, la misma que usó cuando desapareció. ¿Dónde está? - me dijo complicándome salir de está.

Suspiró y respondió fríamente:

- ¿Por qué te lo diría?
- Es mi hermana, es obvio que quiero saberlo - me reprochó mientras su rostro se enrojecía.
- ¡No te lo pienso decir! - vociferé enojada
- Ella no estaría feliz por esto, lo sabes - me dijo intentando convencerme
- No hables de ella - me reprochó mientras mordía mis labios.
- Sabes que estaría enojada, si viera que me estás apuntando - me apuñala con sus palabras.

Bajé el arma pero mis manos se alzaron hacia mi cabeza, presionándome violentamente, él me observó y me indagó:

- ¿Por qué?

Lo miré incrédula, con lágrimas en los ojos. Dije la verdad más cruel aún en contra de mi naturaleza:

- Porque la amaba.
- ¿Cómo la amarías si la mataste? - me preguntó mientras lagrimeaba...

Pero esta vez decidí ser sincera:

- Desde el primer día le mentí.
- ¿Como? - me cuestionó confundido.
- Yo maté a su conejo... Mamá me reprochó al ver el enchastre que hice con su sangre. Ese día me castigó enviándome al campo y la conocí, me hipnotizó su cabello castaño, sus ojos marrones y la lluvia de pecas en sus mejillas pero solo quería que fuese mi amiga -

Ciro no emitía ninguna palabra, su rostro estaba pálido y parecía que estaba a punto de desmayarse, hasta que me preguntó:

- ¿Sabías que había ganado una beca para irse al extranjero?
- No, no me lo dijo - reaccioné sorprendida.
- Cómo podría si la mataste - me reprochó.

Apreté mis puños con rabia, él comenzó a acercarse lentamente hablando:

- Pulirex, ese invento la llevó al éxito. Con eso eliminaste todo rastro, ¿no?
- ¿Qué tiene que ver eso? - pregunté intentando desviarlo del tema.
- No te hagas, sabes que es un fluido especial. Pensabas que nadie lo iba a notar porque es similar al agua, pero es menos denso, ¿no te diste cuenta que flotaba en ella? - me dijo desconcertándome con sus palabras.

Empecé a retroceder, mientras cada uno de sus pasos me hacían caer en el abismo de la verdad. Su voz seguía deslizándose por el aire:

- Tiene una viscosidad baja y no es comprensible pero sabías que el agua tiene una presión superficial, lo que hace que se vuelva como una superficie para insectos, pero el Pulirex no tiene esa habilidad.

- ¿Y qué cambia que me digas eso? - vociferé enrabada.

- El agua cuando fluye se desliza por donde tenga paso, en cambio cuando esta inmóvil genera presión. Yo soy tu presión - Me amenazó sutilmente.

Levanté el arma, esta vez lo tenía frente a frente. La pistola apuntaba a su pecho y él vociferó:

- Tal vez mi hermana fue tu Pulirex mientras la usabas para limpiar tu mugre cada vez que matabas a alguien. Por eso el luminol no detectaba la sangre.
- Nunca la usé - grité con todas mis fuerzas.
- Pero si usaste su invento, si la engañaste cada vez que se lo robaste - me respondió con la misma agresividad.

- No quería usarla, ella me descubrió. No tenía idea de qué hacer - dije en medio de una crisis de nervios.

Él pálido como un papel me preguntó:

- ¿Qué le hiciste?
 - Te juro que solo me pasé de fuerza - contesté negando con la cabeza.
- Él retrocedió horrorizado, bajé el arma y supliqué:
- No me tengas miedo, no te alejes de mí.
- Sus ojos se llenaron de lágrimas y murmuró:
- Tenía esperanzas de que no la hayas matado.
 - Ella nunca fue un plan, los demás fueron por bronca, porque me despreciaban - intenté excusarme, sabiendo que ni yo me las creía.
 - ¿Qué? - indignado me indagó
 - Me trataban como una enferma por sus culpas, mamá me odiaba. Ellos le dijeron que era una enferma - vomité emocionalmente lo que me consumía.
 - ¿Enferma de qué? - indagó confundido.
 - Ellos decían que estaba enferma pero yo soy capaz de sentir, tal vez distorsionado pero hay algo - seguí hablando mientras mis labios querían morderse.
- La mirada de él cambió, solo veía rabia y desprecio. Vociferó:
- Yo solo veo una maldita enferma.

Esta vez levante el arma confiada, totalmente decidida a terminar con todo, su rostro se transformó y se me escapó una leve sonrisa y él preguntó:

- ¿Dónde está?
- Donde comenzó todo - respondí por última vez.

Un estruendo invadió el techo, mi vista se tornó oscura lentamente. Alcanzando a ver el rostro de la persona que en cierta parte me sentenció al infierno que viví y a la muerte misma. Caí en el pavimento, en el áspero y frío suelo, nuevamente mamá me castigó pero esta vez a la soledad eterna y a la oscuridad infinita. Mi cabello oscuro se bañó en sangre, mi piel blanca ardía por la explosión en cada vaso sanguíneo, mis labios rosados se abrían involuntariamente y mis ojos avellana admiraban como el cielo se apagaba lentamente, mientras la sangre del agujero de mi frente no me permitía ver.

Mis manos temblaban. Podía sentir cómo mi corazón seguía palpitando en mi pecho. Había sobrevivido a Edén, después de ver cómo una bala perforó su cráneo y caía fuera del techo. Me encontraba en shock. La sangre había salpicado mi rostro. Volteé desconcertado y vi, tras muchos años, a la mamá de Edén, sujetando un arma en su mano. Ella me habló mientras bajaba la pistola:

- Perdón Ciro, tendría que haber sido una mejor madre.

Los oficiales derribaron la puerta, miles de voces llenaron la brisa fría de la techumbre.

Solo me levanté y salí en total silencio, mientras el ruido del estruendo se repetía continuamente en mi cabeza. Subí a mi auto y solo conduje, encandilado por las luces de cada auto que me sobrepasaba. Finalmente llegué frente a mi antigua casa, simplemente caminé hacia el marchitado campo de lirios. Me adentré a un páramo desconocido, descubrí el lugar del que tanto me había hablado Oriana, donde pasó toda su infancia e irónicamente donde su vida terminó. Allí ví un jardín de pequeños lirios, mis ojos se llenaron de lágrimas al ver la tierra removida, el perfecto espacio para su cuerpo. Solo me abalance a ese mejunje de tierra, sollocé y grité por el incontenible dolor en mi pecho, mientras veía las flores manchadas de sangre y pensé: "Estos son los mismísimos lirios en sangre".

Tobias Yael Gil